

CONALI

COMISIÓN NACIONAL DE LITURGIA

CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE



**PRIMERA SEMANA
LITURGICA NACIONAL
7-14 JUNIO 2009**

“LA LITURGIA: LUGAR DE ENCUENTRO CON CRISTO VIVO (OO.PP. 56.2)”

ENCUENTRO DE PRESBITEROS Y DIACONOS:

SACERDOCIO MINISTERIAL AL SERVICIO DEL PUEBLO SACERDOTAL, PARA UN ENCUENTRO CON CRISTO VIVO

El grupo de presbíteros y diáconos, ojalá acompañados por el obispo, se reúne para dedicar un mínimo de una hora y media, y mejor, dos horas, a este trabajo. Si el encuentro es por la tarde, se puede iniciar o terminar con la oración comunitaria de las Vísperas. Si es por la mañana, con alguna hora media.

1) PRIMERA PARTE: En plenario

Consiste en la lectura de dos textos y dos lecturas bíblicas, en voz alta, para todo el grupo reunido. El ideal es que los textos estén policopiados, de modo que cada participante tenga un ejemplar que pueda llevarse. Tiempo aproximado: 20 minutos.

a) Un lector lee el primer texto: De *Celebraciones de la Comunidad. Año Litúrgico, Sacramentos, Situaciones diversas, Antología de Textos*, de Casiano FLORISTÁN.

“El pueblo padece con frecuencia la presencia de líderes, jefes y salvadores. La padece porque se le imponen, como si fueran imprescindibles para la marcha de la comunidad. Las actitudes de los dirigentes, inspiradas casi siempre en la voluntad de poder y de dominio, aniquilan al pueblo, lo enmudecen; de esta manera, los pueblos son como niños a los que hay que dar todo hecho. Esta situación, propia de cualquier grupo humano, se da también en la Iglesia. Los que tienen más cualidades se erigen en líderes y tratan de arrastrar a los demás, como un pastor a sus ovejas, hacia las metas que ellos pretenden alcanzar. En la comunidad cristiana, en concreto, se corre el riesgo de que los servidores se conviertan en dominadores, de que el trabajo pastoral se confunda con el ejercicio de un poder. Sin embargo, quien pretenda salvar al pueblo dominándolo, no conseguirá nunca la promoción que intenta. La actitud de Jesús de Nazaret, en cuanto Pastor, es una lección que nunca se acaba de aprender. El pastor bueno, el líder verdadero, es el que sabe dejar de ser pastor o líder, en beneficio del pueblo. Es pastor quien da la vida por el rebaño, no quien sacrifica el rebaño para conservar su liderazgo. El verdadero dirigente es aquel que ayuda a que el grupo sea capaz de enfrentarse responsablemente a su propio destino”.

b) Otro lector lee el segundo texto: De la **Homilía de Ordenación de varios presbíteros**, sugerida por el PONTIFICAL ROMANO.

" Queridos hermanos:

Ahora, cuando estos hijos nuestros, entre los cuales tienen ustedes familiares y amigos, van a ser ordenados presbíteros, conviene considerar con atención qué grado de ministerio reciben.

Aunque, en verdad, todo fiel cristiano participa en el sacerdocio real de Cristo, sin embargo, nuestro sumo Sacerdote, Jesucristo, eligió algunos discípulos para que desempeñaran en la Iglesia, en nombre suyo, el oficio sacerdotal para bien de los hombres. El mismo Señor Jesús, enviado por el Padre, envió a su vez, a los apóstoles por el mundo, para perpetuar su oficio de Maestro, Sacerdote y Pastor por medio de ellos y de los Obispos, sus sucesores. Los presbíteros son colaboradores de los Obispos, con quienes, en unidad de sacerdocio, son llamados al servicio del pueblo de Dios.

Estos hermanos, después de meditarlo seriamente, van a ser ordenados sacerdotes en el Orden de los presbíteros, para servir a Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor, por quien la Iglesia se edifica y crece como pueblo de Dios y templo santo.

Al configurarlos con Cristo, sumo y eterno Sacerdote, y unidos al sacerdocio de los Obispos, la ordenación los convertirá en verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, para anunciar el evangelio, apacentar el pueblo de Dios y celebrar el culto divino, principalmente en el sacrificio eucarístico.

Y ustedes, queridos hijos, que van a ser ordenados presbíteros, deben realizar, en cuanto les corresponda, la función de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Transmitan a todos la palabra de Dios, que han recibido con alegría. Y, al meditar en la ley del Señor, procuren creer lo que lean, enseñar lo que creen y practicar lo que enseñan.

Que su enseñanza sea alimento para el pueblo de Dios, que su vida sea un estímulo para los discípulos de Cristo, a fin de que, con su palabra y su ejemplo, se vaya edificando la casa, que es la Iglesia de Dios.

Les corresponde también la función de santificar a los fieles en nombre de Cristo; por su ministerio, alcanza su plenitud el sacrificio espiritual de los fieles, al ser ofrecido por ustedes sobre el altar, unido al sacrificio de Cristo. Dese cuenta de lo que hacen e imiten lo que conmemoran, para que, al celebrar el misterio de la muerte y resurrección del Señor, se esfuercen por hacer morir en ustedes el mal y procuren caminar en una vida nueva.

Al recibir a los hombres en el pueblo de Dios, por el bautismo, al perdonar los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia, por el sacramento de la penitencia, al dar a los enfermos el alivio del óleo santo, al celebrar las acciones litúrgicas, al ofrecer durante el día la alabanza, la acción de gracias y la súplica no sólo por el pueblo de Dios, sino por el mundo entero, recuerden que han sido escogidos entre los hombres y puestos al servicio de ellos en las cosas de Dios.

Realicen, pues, con alegría de verdadera caridad, el ministerio de Cristo Sacerdote, no buscando su propia gloria, sino la de Jesucristo.

Finalmente, al ejercer, en cuanto les corresponde, la función de Cristo, Cabeza y Pastor, unidos al Obispo y bajo su dirección, esfuércense por reunir a los fieles en una sola familia, para que, por Cristo, en la unidad del Espíritu Santo, puedan conducirlos al Padre. Tengan siempre presente el ejemplo del buen Pastor, que no vino a ser servido, sino a servir, y a buscar y salvar lo que estaba perdido..”

c) Un tercer lector lee la siguiente lectura bíblica: Ezequiel 34, 11-16.23-24.29b-31 (Dios será el Pastor)

“Así dice el Señor: Yo mismo en persona buscare a mis ovejas siguiendo su rastro. Como sigue el pastor el rastro de su rebaño cuando las ovejas se dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas y las libraré sacándolas de todos los lugares por donde se dispersaron un día de oscuridad y nubarrones. Los sacaré de entre los pueblos, los congregaré de los países, los atraeré a su tierra, los apacentaré en los montes de Israel, en las cañadas y en los poblados del país. Los apacentaré en ricos pastizales, tendrán sus prados en los montes más altos de Israel; allí se recostarán en fértiles praderas y pastarán pastos jugosos en los montes de Israel. Buscaré las ovejas perdidas, recogeré las descarriadas; vendaré a las heridas, sanaré a las enfermas: a las gordas y fuertes las guardaré y las apacentaré como es debido.

Les daré un pastor único que las pastoree: mi siervo David: él las apacentará, él será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David, príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, lo he dicho.

No volverá a haber muertos de hambre en el país ni tendrán que soportar la burla de los pueblos. Y sabrán que yo, el Señor su Dios, estoy con ellos, y ellos son mi pueblo, la casa de Israel -oráculo del Señor-. Y ustedes son mis ovejas, ovejas de mi rebaño, y yo soy su Dios -oráculo del Señor-.”

2) SEGUNDA PARTE: Lectura personal

Textos para ser leídos personalmente por cada participante. Tiempo aproximado: 30 minutos.

Naturaleza del presbiterado

“El Señor Jesús, «a quien el Padre santificó y envió al mundo» (Jn10, 36), hace partícipe a todo su Cuerpo místico de la unción del Espíritu con que El está ungido: puesto que en Él todos los fieles se constituyen en sacerdocio santo y real, ofrecen a Dios, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales, y anuncian el poder de quien los llamó de las tinieblas a su luz admirable. No hay, pues, miembro alguno que no tenga su cometido en la misión de todo el Cuerpo, sino que cada uno debe glorificar a Jesús en su corazón y dar testimonio de El con espíritu de profecía.

Mas el mismo Señor, para que los fieles se fundieran en un solo cuerpo, en que «no todos los miembros tienen la misma función» (Rom 12, 4), entre ellos constituyó a algunos ministros que, ostentando la potestad sagrada en la sociedad de los fieles, tuvieran el poder sagrado del Orden, para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñar públicamente, en nombre de Cristo, la función sacerdotal en favor de los hombres.

Así, pues, enviados los apóstoles, como Él había sido enviado por el Padre, Cristo hizo partícipes de su consagración y de su misión, por medio de los mismos apóstoles, a los sucesores de éstos, los obispos, cuya función ministerial fue confiada a los presbíteros, en grado subordinado, con el fin de que, constituidos en el Orden del presbiterado, fueran cooperadores del Orden episcopal, para el puntual cumplimiento de la misión apostólica que Cristo les confió.

El ministerio de los presbíteros, por estar unido al Orden episcopal, participa de la autoridad con que Cristo mismo forma, santifica y rige su Cuerpo. Por lo cual, el sacerdocio de los presbíteros supone, ciertamente, los sacramentos de la iniciación cristiana, pero se confiere por un sacramento peculiar por el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan marcados con un carácter especial que los configura con Cristo Sacerdote, de tal forma, que pueden obrar en nombre de Cristo Cabeza.

Por participar en su grado del ministerio de los apóstoles, Dios concede a los presbíteros la gracia de ser entre las gentes ministros de Jesucristo, desempeñando el sagrado ministerio del Evangelio, para que sea grata la oblación de los pueblos, santificada por el Espíritu Santo. Pues por el mensaje apostólico del Evangelio se convoca y congrega el Pueblo de Dios, de forma que, santificados por el Espíritu Santo todos los que pertenecen a este Pueblo, se ofrecen a sí mismos «como hostia viva, santa; agradable a Dios» (Rom 12, 1). Por el ministerio de los presbíteros se consume el sacrificio espiritual de los fieles en unión del sacrificio de Cristo, Mediador único, que se ofrece por sus manos, en nombre de toda la Iglesia, incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que venga el mismo Señor. A este sacrificio se ordena y en él culmina el ministerio de los presbíteros. Porque su servicio, que surge del mensaje evangélico, toma su naturaleza y eficacia del sacrificio de Cristo y pretende que «todo el pueblo redimido, es decir, la congregación y sociedad de los santos ofrezca a Dios un sacrificio universal por medio del Gran Sacerdote, que se ofreció a sí mismo por nosotros en la pasión, para que fuéramos el cuerpo de tan sublime cabeza».

Por consiguiente, el fin que buscan los presbíteros con su ministerio y con su vida es el procurar la gloria de Dios Padre en Cristo. Esta gloria consiste en que los hombres reciben consciente, libremente y con gratitud la obra divina realizada en Cristo, y la manifiestan en toda su vida. En consecuencia, los presbíteros, ya se entreguen a la oración y a la adoración, ya prediquen la palabra, ya ofrezcan el sacrificio eucarístico, ya administren los demás sacramentos, ya se dediquen a otros ministerios para el bien de los hombres, contribuyen a un tiempo al incremento de la gloria de Dios y a la dirección de los hombres en la vida divina. Todo ello, procediendo de la Pascua de Cristo, se consumará en la venida gloriosa del mismo Señor, cuando El haya entregado el Reino a Dios Padre.

Condición de los presbíteros en el mundo

Los presbíteros, tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los mismos en las cosas que miran a Dios para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, moran con los demás hombres como con hermanos. Así también el Señor Jesús, Hijo de Dios, hombre enviado a los hombres por el Padre, vivió entre nosotros y quiso asemejarse en todo a sus hermanos, fuera del pecado. Ya le imitaron los santos apóstoles; y el bienaventurado Pablo, doctor de las gentes, «elegido para predicar el Evangelio de Dios» (Rom 1, 1), atestigua que se hizo a sí mismo todo para todos, para salvarlos a todos. Los presbí-

teros del Nuevo Testamento, por su vocación y por su ordenación, son segregados en cierta manera en el seno del pueblo de Dios, no de forma que se separen de él, ni de hombre alguno, sino a fin de que se consagren totalmente a la obra para la que el Señor los llama. No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de otra vida distinta de la terrena, pero tampoco podrían servir a los hombres, si permanecieran extraños a su vida y a su condición. Su mismo ministerio les exige de una forma especial que no se conformen a este mundo; pero, al mismo tiempo, requiere que vivan en este mundo entre los hombres, y, como buenos pastores, conozcan a sus ovejas, y busquen incluso atraer a las que no pertenecen todavía a este redil, para que también ellas oigan la voz de Cristo y se forme un solo rebaño y un solo Pastor. Mucho ayudan para conseguir esto las virtudes que con razón se aprecian en el trato social, como son la bondad de corazón, la sinceridad, la fortaleza de alma y la constancia, la asidua preocupación de la justicia, la urbanidad y otras cualidades que recomienda el apóstol Pablo cuando escribe: «Pensad en cuanto hay de verdadero, de puro, de justo, de santo, de amable, de laudable, de virtuoso, de digno de alabanza» (Fil 4, 8). (Decreto Presbyterorum Ordinis, sobre el Ministerio y la vida de los Presbíteros).

La Presidencia

Cuando el Santo Padre Benedicto XVI iniciaba su pontificado manifestaba en la homilía de la celebración eucarística: “Una de las características fundamentales del pastor debe ser amar a los hombres que le han sido confiados, tal como ama Cristo, a cuyo servicio está. «Apacienta mis ovejas», dice Cristo a Pedro, y también a mí, en este momento. Apacentar quiere decir amar, y amor quiere decir también estar dispuestos a sufrir. Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia, que él nos da en el Santísimo Sacramento” (Homilía Inicio Pontificado Benedicto XVI).

La presidencia en la celebración litúrgica es característica fundamental del ministerio de los presbíteros: “Les corresponde también la función de santificar a los fieles en nombre de Cristo; por su ministerio, alcanza su plenitud el sacrificio espiritual de los fieles, al ser ofrecido por ustedes sobre el altar, unido al sacrificio de Cristo. Dense cuenta de lo que hacen e imiten lo que conmemoran, para que, al celebrar el misterio de la muerte y resurrección del Señor, se esfuercen por hacer morir en ustedes el mal y procuren caminar en una vida nueva.

Al recibir a los hombres en el pueblo de Dios, por el bautismo, al perdonar los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia, por el sacramento de la penitencia, al dar a los enfermos el alivio del óleo santo, al celebrar las acciones litúrgicas, al ofrecer durante el día la alabanza, la acción de gracias y la súplica no sólo por el pueblo de Dios, sino por el mundo entero, recuerden que han sido escogidos entre los hombres y puestos al servicio de ellos en las cosas de Dios.

Realicen, pues, con alegría de verdadera caridad, el ministerio de Cristo Sacerdote, no buscando su propia gloria, sino la de Jesucristo.

Finalmente, al ejercer, en cuanto les corresponde, la función de Cristo, Cabeza y Pastor, unidos al Obispo y bajo su dirección, esfuércense por reunir a los fieles en una sola familia, para que, por Cristo, en la unidad del Espíritu Santo, puedan conducirlos al Padre. Tengan siempre presente el ejemplo del buen Pastor, que no vino a ser servido,

sino a servir, y a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Homilía Ordenación Presbíteros, Pontifical Romano).

Los presbíteros, por vocación y elección del mismo Cristo, están llamados a desempeñar públicamente el oficio sacerdotal por los hombres en nombre de Cristo (Cfr. PO 2). En razón, pues, de esta vocación, están invitados a servir al pueblo de Dios buscando siempre su bien. La Introducción General al Misal Romano de 2002 nos recuerda:

“La eficacia pastoral de la celebración aumentará ciertamente si los textos de las lecturas, de las oraciones y de los cantos corresponden convenientemente, en cuanto sea posible, a las necesidades, a la preparación espiritual y a la índole de los participantes. Esto se obtendrá provechosamente empleando la variada posibilidad de elección que se describe más abajo.

Por consiguiente, al preparar la Misa, el sacerdote prestará atención al bien común espiritual del pueblo de Dios más que a su propia inclinación.

Recuerde, además, que la elección de estas partes debe hacerse de común acuerdo con aquellos que tienen alguna participación en la celebración, sin excluir de ninguna manera a los fieles en aquello que a ellos se refiere más directamente.

Pero ya que se presentan múltiples posibilidades de elegir las diversas partes de la Misa, es necesario que el diácono, los lectores, el salmista, el cantor, el comentador y el coro, antes de la celebración, cada uno por su parte, sepa bien qué textos le corresponden y no se deje nada a la improvisación. En efecto, la armónica sucesión y ejecución de los ritos contribuye mucho a disponer el espíritu de los fieles para participar en la Eucaristía” (IGMR 352).

Los presbíteros estamos llamados por el mismo Señor a servir a su pueblo, a animarlo y presidirlo para hacer presente el encuentro de la asamblea con Cristo vivo.

“En efecto, «en el servicio eclesial del ministerio ordenado es Cristo mismo quien está presente en su Iglesia como Cabeza de su cuerpo, Pastor de su rebaño, sumo sacerdote del sacrificio redentor» (Catecismo de la Iglesia Católica 1548). Ciertamente, el ministro ordenado «actúa también en nombre de toda la Iglesia cuando presente a Dios la oración de la Iglesia y sobre todo cuando ofrece el sacrificio eucarístico» (Catecismo 1552). Es necesario, por tanto, que los sacerdotes sean conscientes de que nunca deben ponerse ellos mismos o sus opiniones en el primer plano de su ministerio, sino a Jesucristo. Todo intento de ponerse a sí mismo como protagonistas de la acción litúrgica contradice la identidad sacerdotal. Antes que nada, el sacerdote es servidor y tiene que esforzarse continuamente en ser signo que, como dócil instrumento en sus manos, se refiere a Cristo. Esto se expresa particularmente en la humildad con la que el sacerdote dirige la acción litúrgica, obedeciendo y correspondiendo con el corazón y la mente al rito, evitando todo lo que pueda dar precisamente la sensación de un protagonismo inoportuno. Recomendando, por tanto, al clero profundizar siempre en la conciencia del propio ministerio eucarístico, como un humilde servicio a Cristo y a su Iglesia. El sacerdocio, como decía san Agustín, es amoris officium, es el oficio del buen pastor, que da la vida por las ovejas (Sacramentum Caritatis 23B).

El pastor saca a las ovejas de madrugada para pastar, por la tarde las lleva al abrevadero. En todas las regiones, el pastor es símbolo de guía de un pueblo o de una comunidad. Dios guía a su pueblo de la esclavitud a la libertad como un buen pastor.

Tanto Moisés (liberador) como David (organizador) son pastores, figuras de Cristo. Pero los reyes fueron malos pastores. El pueblo esperaba la venida de un gran pastor. En los tiempos mesiánicos Dios conducirá a su pueblo como verdadero pastor. Jesús se reconoce como el buen pastor, que conoce a sus ovejas las defiende de los peligros y les da la auténtica comida y bebida. Ascendido a los cielos como supremo Pastor, confía su rebaño a sus amigos, que deberán apacentarlo en actitud de genuino servicio.

Las Orientaciones Pastorales 2002-2005 y 2008-2012

Las OOPP 2001-2005, que se prolongaron hasta el 2008, invitaban a avanzar hacia *celebraciones más vivas y expresivas* (OOPP* 5)¹. Para avanzar en esa dirección nuestros Obispos señalaban la necesidad de que nuestra liturgia fuera:

- un verdadero culto, cuya originalidad *no está primariamente en el cumplimiento de sus ritos sino en que éstos nos ayuden a que cada persona y cada pueblo lleguen a ser una liturgia viva, es decir, que sean en Cristo una ofrenda viva para Dios* (OOPP* 40);
- un encuentro *con la persona y el misterio de Cristo... en la celebración de los Sacramentos de la fe...según los libros litúrgicos, los directorios sacramentales...y las nuevas posibilidades que brindan los medios de comunicación audiovisual* (OOPP* 89);
- una acogida del *paso de Dios -una Pascua- en nuestras vidas personales, en la vida de nuestras comunidades y en los acontecimientos de nuestro país* (OOPP* 90);
- una convocación junto al Señor, *presente en medio de quienes se reúnen en su nombre, que dé consistencia a la reunión familiar en torno a la mesa y anime la fe de las comunidades de base, grupos, movimientos eclesiales e instituciones católicas...*(OOPP* 91);
- una celebración en el día del Señor, en que se *anuncie la muerte y proclame la resurrección* y en que se pueda *santificar el nombre del Señor en el culto y en el ejercicio de la caridad* (OOPP* 92, 93);
- una *experiencia comunitaria*, incorporación en los Misterios del Señor, *cima y fuente de la evangelización y catequesis* (OOPP* 189);
- una celebración en un continuo y creativo esfuerzo de *inculturación* que le permita ser expresión significativa de los grupos étnicos y juveniles (OOPP* 90).

Las actuales OOPP (2008-2012) son más acotadas, orientando, en el n.56.2, hacia una liturgia:

- cumbre y fuente de la Iglesia;
- lugar de encuentro con Cristo, especialmente, en los sacramentos de la fe;
- centrada en la celebración dominical del Misterio Pascual del Señor, por medio de la Eucaristía, o de una Liturgia de la Palabra;

¹ OOPP*: el asterisco indica que se trata de las OOPP 2002-2005, anteriores a las actuales.

- que aprecia cada vez más la Reconciliación por amor a la Eucaristía y como lugar de encuentro del pecador con Jesucristo.

Para profundizar después de este encuentro

- *¿Quién celebra: el ministro o la asamblea? CEC 1140; 1144*
- *¿Qué se celebra: rito o vida? CEC 1141*
- *¿Presidencia en la jerarquía o en el servicio? CEC 1142*
- *¿Presidencia en solitario o en equipo? CEC 1143*

3) TERCERA PARTE: Diálogo en grupos (de 4 ó 5)

Invitación a dialogar sobre el ministerio de la presidencia en la Celebración Litúrgica. Pauta de reflexión grupal. Tiempo aproximado: 40 minutos.

PREGUNTAS:

- *¿Experimento la presidencia litúrgica como *servicio de encuentro con Cristo vivo* a la comunidad que me ha sido encomendada?*
- *¿Qué dificultades y qué logros he vivido en el ministerio presidencial, entendido como servicio?*
- *¿Preparo la celebración con miembros de la comunidad que me corresponde animar?*

4) CUARTA PARTE: Breve oración en plenario (se puede reemplazar por las Vísperas, si el encuentro es por la tarde, o por otra acción litúrgica).

Reunido el grupo entero, un sacerdote preside el momento de oración.

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. R: Amén.

Cantemos juntos la antifona del Salmo 22: **“El Señor es mi Pastor, nada me habrá de faltar”**. Un diácono puede leer las estrofas:

El Señor es mi pastor, nada me falta: / en verdes praderas me hace recostar; / me conduce hacia fuentes tranquilas / y repara mis fuerzas; **R:**

me guía por el sendero justo, / por el honor de su nombre. / Aunque camine por cañadas oscuras, / nada temo, porque tú vas conmigo: / tu vara y tu cayado me sosiegan. **R:**

Preparas una mesa ante mí / enfrente de mis enemigos; / me unges la cabeza con perfume, / y mi copa rebosa. **R:**

Tu bondad y tu misericordia me acompañan / todos los días de mi vida, / y habitaré en la casa del Señor / por años sin término. **R:**

Una vez terminado el Salmo, otro diácono o presbítero lee Jn 10, 2-4.11.27-28 (El Buen Pastor):

“El que entra por la puerta es el pastor del rebaño. El cuidador le abre, las ovejas oyen su voz, él llama a las suyas por su nombre y las saca. Cuando ha sacado a todas las suyas, camina delante de ellas y ellas le siguen; porque reconocen su voz.

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas.

Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna y jamás perecerán, y nadie las arrancará de mi mano."

Luego de un breve silencio se lee el siguiente texto de *Presbyterorum Ordinis*:

"Por consiguiente, el fin que buscan los presbíteros con su ministerio y con su vida es el procurar la gloria de Dios Padre en Cristo. Esta gloria consiste en que los hombres reciben consciente, libremente y con gratitud la obra divina realizada en Cristo, y la manifiestan en toda su vida. En consecuencia, los presbíteros, ya se entreguen a la oración y a la adoración, ya prediquen la palabra, ya ofrezcan el sacrificio eucarístico, ya administren los demás sacramentos, ya se dediquen a otros ministerios para el bien de los hombres, contribuyen a un tiempo al incremento de la gloria de Dios y a la dirección de los hombres en la vida divina. Todo ello, Todo ello, procediendo de la Pascua de Cristo, se consumirá en la venida gloriosa del mismo Señor, cuando El haya entregado el Reino a Dios Padre" (PO 2).

Luego de otro breve momento de silencio, se hace en común la siguiente oración:

OH SEÑOR, ESCUCHA NUESTRAS ORACIONES
Y ACOGE NUESTRAS PROMESAS
CONCEDE A NUESTRA DEBILIDAD TU PODEROSA AYUDA;
CUANTO MÁS FRÁGILES SOMOS, TANTO MÁS LA NECESITAMOS.
RENUEVA EN NOSOTROS EL ESPÍRITU DE SANTIDAD
Y LA GRACIA QUE HEMOS RECIBIDO
POR LA IMPOSICIÓN DE LAS MANOS DEL OBISPO.
NUESTRO EJEMPLO INSPIRE EN LOS FIELES
INTEGRIDAD DE VIDA.
HAZ QUE SEAMOS DIGNOS SERVIDORES
DE LOS MISTERIOS DE DIOS
Y DÓCILES COLABORADORES DEL ORDEN EPISCOPAL
PARA QUE EL REINO DE DIOS LLEGUE
HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA
Y CONCÉDENOS CAMINAR CON ALEGRÍA HACIA TI
JUNTO A TU PUEBLO
DEL QUE NOS CONSTITUISTE PASTORES Y SERVIDORES.

El presbítero que preside invita a rezar el AVE MARÍA.
Reina de los Apóstoles. **R:** Ruega por nosotros.

Si ha estado presente el Obispo, se le pide a él que termine dando la bendición a los participantes del encuentro.